

Representación del titán cristiano: el descamisado peronista

Representation of the Christian Titan: the Shirtless Peronist

CLAUDIO CÉSAR CALABRESE

UNIVERSIDAD PANAMERICANA, MÉXICO. DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES

ETHEL JUNCO

UNIVERSIDAD PANAMERICANA, MÉXICO. DEPARTAMENTO DE HUMANIDADES

Artículo recibido el / *Article received*: 2019-03-21
Artículo aceptado el / *Article accepted*: 2019-10-04

RESUMEN: Proponemos la exploración del término *descamisado* como metáfora nuclear de la política argentina del siglo XX, mediante una aproximación hermenéutica a la obra de Eva Perón. Establecemos una conexión con los antecedentes del término, para comprobar la originalidad de la nueva creación de acuerdo con el perfil de la autora; observamos las condiciones de verosimilitud y las atribuciones de simbolización como rasgos distintivos; determinamos, finalmente, las correlaciones míticas y religiosas útiles al entramado prerracional que dan solidez y permanencia a la metáfora; valoramos la transformación de la realidad, indispensable al discurso ideológico, operada por el lenguaje.

Palabras clave: Representación, ideología, peronismo, metáfora, descamisado.

ABSTRACT: We propose the exploration of the term *descamisado* as a nuclear metaphor of Argentine politics of the 20th century, through a hermeneutic approach to Eva Perón's work. We establish a connection with the background of the term, to verify the originality of the new creation according to the author's profile; we observe the conditions of verisimilitude and the attributions of symbolization as distinctive features; we determine, finally, the mythical and religious correlations, useful to the pre-rational framework, that give solidity and permanence to the metaphor; we value the transformation of reality, indispensable to ideological discourse, operated by language.

Keywords: Representation, ideology, Peronism, metaphor, shirtless.

1. CON CAMISA Y SIN CAMISA

La camisa puede funcionar como sinécdoque de la vestimenta total del individuo, pero aún más de su prestigio; en tanto supone el uniforme de un tipo de trabajo, mecánico o liberal, es representativo de la posición; la tarea desempeñada, a su vez, es consecuencia de herencia, patrimonio, oportunidades o talante y de ella surge su inserción social, sus atribuciones de poder y su influencia en el mundo de la cultura. Podríamos afirmar que la camisa es expresión de síntesis del hombre que la viste, si atribuimos intencionalidad a su uso; entonces, admitiremos que supone un cierto discurso por el cual recibimos significados que quieren manifestarse y elaboramos los propios de acuerdo con el contexto de referencia.

Bajo la perspectiva de que, en torno a la camisa se estima la condición material y moral del portador, nos situamos en la historia argentina del siglo XX, en uno de sus fenómenos más peculiares, el movimiento justicialista o peronista; en ese marco, abordamos el seguimiento de uno de sus conceptos simbólicos esenciales, el de *descamisado*, acerca del cual proponemos su índole metafórica porque, dentro de la semántica del movimiento, nuclea un conjunto de significados axiales para la definición de la ortodoxia. Consideramos que el concepto de *escenario metafórico* de Musolff (2016, 49) ofrece las condiciones argumentativas para interpretar nuestro tema.

En el contexto internacional, la época del gobierno peronista coincide con el fin de la Segunda Guerra y el período de la Guerra Fría. En el diagrama argentino convergen la derrota de los nacionalismos, el fortalecimiento de la URSS y la hegemonía de USA. La originalidad de la propuesta justicialista de Juan Domingo Perón postula una tercera posición que no involucre ninguno de los patrones conocidos y que resuelva los problemas nacionales sin alternativas foráneas.

Los modelos internacionales se identifican con códigos estéticos consolidados, rotundos. Desde los años '20 en adelante, el uniforme y, en particular, la camisa los distingue: camisas rojas y negras en Italia, pardas en Alemania, azul mahón en España, azul claro en Irlanda, azul en China, doradas en México. La camisa identifica la ideología; lo común a todas es que, tras su imagen, se asocian los valores de un nacionalismo superior. Con intención semejante, pero con representación antitética, desde Argentina y de la mano de la esposa de Perón, se diseñará el perfil para la nueva política: la no-camisa como signo de lucha.

La invención del término *descamisado* responde a la premisa de P. Ricoeur cuando señala que solo el lenguaje puede alcanzar la identidad de la conciencia subjetiva (2004: 25). Aunque es anterior a la historia argentina, sin embargo, su significado emerge con Eva Perón; con ella en la acción política y después de su desaparición, el término resiste el uso y el abuso de las múltiples acepciones y se consolida como una divisa específica de la doctrina.

El diario *La Razón*, después del 17 de octubre de 1945, jornada fundamental para el afianzamiento del modelo peronista, describe a los presentes en la Plaza de Mayo como manifestantes *descamisados* que aclaman a la «dictadura» y cometen «desmanes»; el concepto, suficientemente despectivo, se amplía con una asignación que precisa el estado de barbarie atestiguado: esas personas son vistas como «aluvión zoológico» según dichos del diputado opositor Ernesto Sanmartino en el Congreso Nacional (Galasso, 2005: 488); al grupo así descrito se atribuye una temible capacidad de descomposición del tejido social. Leopoldo Marechal, al reseñar ese día, ajusta la descripción de los medios de prensa opositores y se refiere a los *descamisados* ya en su acepción metafórica, quienes gracias al peronismo se han transformado de «masa numeral» en «pueblo esencial» (2008: 151).

Cuando suena el vocablo se activa un orden social complejo (Pitelli y Somoza, 2003: 214); la palabra sirve de hilo conductor de la razón de ser del peronismo y tiene la capacidad de conectar pasado, en tanto deseo pendiente, y futuro, como promesa de cumplimiento. En el presente histórico, es un significante que concentra y que amenaza. En su condensación aparece principalmente un entramado de rostros (masa-pueblo-obreros-mujeres-niños) que, a su vez, contiene implícitamente a sus conductores bajo diversas funciones (madre, hermana, líder, héroe, mesías). A lo largo de los usos registrados, por *descamisado/a* se entiende el obrero de la industria, el peón de campo, todos los trabajadores, todos los marginados, todos los pobres, todas las mujeres trabajadoras, todos los niños de escuela, y todos los que son capaces de ponerse en el lugar de ellos; la semántica da vida a un grupo anónimo y resignado que, por primera vez, recibe su existencia en el nombre. La repetición de estas características crea patrones conceptuales que, además de aportar coherencia interna, inducen una interpretación favorable o negativa, según la adscripción ideológica (Musolff, 2016: 80).

2. VESTIMENTA Y DIGNIDAD

Englobamos a continuación una mínima secuencia de los registros históricos del concepto; aunque no fueran conocidos por Perón ni por Eva Perón, en tanto autores y usuarios de la resignificación, su resonancia colectiva es propicia para la formación de la metáfora. Por «proceso de formación de la metáfora» entendemos el modo en que se lleva adelante un liderazgo, es decir, cómo se transmite un significado simbólico a partir del potencial subliminal del instrumento metafórico (Charteris-Black, 2011: 2–3).

De acuerdo con el minucioso trabajo de Waissbein (2018a: 118), el término *descamisado* se halla por primera vez en 1729, en el *Primer Diccionario la Real Academia Española de la Lengua*, con el sentido de «pobretón que no tiene bienes» y que está «falto de todo». Desde el origen tiene sentido peyorativo, además de descriptivo, pues no trata de definir una situación social o económica, sino de señalar el desprecio que suscita el portador. Indica Waissbein que así reaparece en los vocabularios escritos a mitad del siglo XVIII, época en la que se debilita el sentido vestimentario y se acrecienta el sentido moral y de clase. Durante la Revolución Francesa aparece asociado al concepto de *sans-culottes*, obreros alzados contra la organización económica, en quienes la pobreza se asocia a la acción política revolucionaria. En ambos casos, mostrarse sin camisa o sin calzones representa una afrenta intencional al orden público, debido a lo cual prevalecerá como valoración moral de quienes hacen reivindicaciones violentas. Por la importancia social atribuida al vestido, su contrario, el descuido en el uso o la proximidad con la desnudez supondrá marginalidad, desacato, vida ociosa y hasta criminalidad (2018a: 121–126). Los lenguajes vestimentarios actuales mayoritariamente desconocen estos estrictos criterios.

En Argentina, desde 1810 se consideran *descamisados* a los encargados de enfrentar a las minorías ilustradas (de Ípola, 1987: 213). Pero, el uso del término tal como lo asume el peronismo, proviene de la influencia migratoria italiana, del toscano *scamicciato* que, desde el siglo XVIII, nombra a los que están «en manga de camisa»; señala Waissbein que los léxicos de la época, españoles, franceses, catalanes e italianos coinciden en el signo negativo; la España de principios del XIX asume el vocablo para denominar a los grupos de izquierda que reclaman a los sectores conservadores; así se designan oficialmente en la *Enciclopedia Universal Espasa Calpe* de 1905–1930 (2018a:132).

En el siglo XIX, el término identifica a los medios de difusión usados por incipientes grupos revolucionarios, *El Descamisado* de Cádiz, de principios de 1822 y el de Valencia, de marzo del mismo año; condicionado por la descripción social, supera su

tono denigrante para reivindicarse en el plano ideológico como bandera de unidad y combate; representa la marginalidad al sistema, su confrontación y depuración y exige su universalización.

En Argentina, en 1879, a través de un periódico del mismo nombre, se sostiene la crítica contra el gobierno oficial. Asimismo, en las épocas que nos ocupan, el nombre sirve a la evocación de un modelo de peronismo perseguido después de la Revolución Libertadora y premonitorio de la vuelta del caudillo del exilio; en 1955, *El Descamisado*, reúne las voces de la resistencia peronista; según el antecedente, también la agrupación Montoneros, publica una revista «para la difusión, discusión y preparación de cuadros» (Micieli y Pelazas, 2012: 17–18). Como correlato de vigencia semántica, desde 2008 y hasta 2013 circula en línea una versión de *El Descamisado* representativo de la izquierda del kirchnerismo. El nombre pasa de ser un mote descalificador a una marca de identidad honrosa y pendiente y, finalmente, una cifra de disputa entre memorias rivales.

Anterior al peronismo, el vocablo se asume como una representación imaginaria; más que el modo de ser de un grupo social, alude a un espacio simbólico de reconstrucción en el cual el hombre político se afianza (González, 1998: 20).

3. LA INVENCION FEMENINA

Emilio de Ípola distingue, entre las distintas etapas del discurso peronista, un segundo momento «típicamente populista» (1987: 207) que va desde fines de 1945 hasta el término de la primera presidencia. Consideramos el término *populista* del modo negativo convencional, conscientes de que en las últimas décadas prevalecen teorías más positivas; la connotación supuesta señala una «alianza entre un pueblo irreflexivo y un líder rústico, pero carismático» (Cassin, 2018: 1183). El peronismo de esa etapa se presenta como manifestación de las necesidades de los postergados y en conflicto con los grupos históricamente detentores del poder; en este sentido, su *populismo* sería solo una cualidad del líder democrático, en tanto debe velar por la presencia del pueblo en el gobierno (Arroyas y Pérez, 2016: 51).

En el proceso de definición de todo populismo, se crean símbolos capaces de dar identidad y de presentarla como superadora del conjunto de propuestas foráneas y autóctonas. Con esa intención, el peronismo inicia su narrativa en busca de los orígenes nacionales, de los hitos del Mayo revolucionario y de la gesta libertadora; el fin es presentarlo como «segundo acontecimiento fundacional» (de Ípola, 1987: 208). Es el momento de desplazar las contradicciones históricas, distinguiéndose del nacionalismo argentino de inicios de siglo que había buscado y seguía buscando sus principios, especialmente, en la tradición europea y en los clásicos grecolatinos (Sverdloff, 2017).

En este período, se gesta y consolida la figura retórica del *descamisado*; desde 1945 aparece en los discursos políticos, se debate en el parlamento y se planea un megamonumento que no llegaría a concretarse. El término está expuesto en *La razón de mi vida* (2006) y en los discursos y artículos de Eva Perón, textos que, independientemente de su legítima autoría, son autorizados por ella y por Perón; nos remitiremos a esta única fuente que reúne con tono autobiográfico los principios y metas del movimiento peronista, definiendo a sus protagonistas y a sus víctimas. En este sentido, entendemos la persuasión ínsita en la retórica, como un instrumento que utiliza una parte para alentar a otra a aceptar un punto de vista (Charteris-Black, 2011: 13–14).

La mujer del presidente, Evita para sus seguidores, es la primera en dar una real consistencia al término y se apropia de él mediante la atribución de significado. En el intento de una definición abarcadora, con las contradicciones que ignora y las ambigüedades que contiene, se ofrece una detallada elaboración de la metáfora, que servirá posteriormente para que asienten las variantes de uso. Juan D. Perón hace un uso

reticente y paulatino del vocablo, a diferencia de la incorporación sistemática que hace Evita (Waissbein, 2018b). La mujer no se exige una definición teórica verosímil, sino solo deseada; la función mediadora y afectiva que la enlaza con el pueblo y con Perón, la exime de toda objetividad: «(...) me siento responsable de los humildes como si fuera madre de todos (...) cuando una mujer de mi Patria me dice “Evita” yo me imagino ser hermano de ella y de todas las mujeres de la humanidad». (Duarte de Perón, 2006: 53).

En *La razón de mi vida*, reconoce que el término fue aplicado como insulto por la oposición oligárquica para englobar a los trabajadores que reclamaban a Perón el 17 de octubre de 1945 (Duarte de Perón, 2006: 29); por eso, se ve forzada a realizar la verdadera interpretación de esa jornada, en su papel de «madre de todos». Así es que se pregunta: «¿Qué son, para mí, los descamisados?» (Duarte de Perón, 2006: 66). El núcleo de lo que sigue depende del *para mí*, motor de creación del nuevo significado.

Para Evita, son Descamisados (Duarte de Perón, 2006: 66):

1. «(...) todos los que estuvieron en la Plaza de Mayo el 17 de octubre de 1945»;
2. «(...) alguien que no lo fuese, materialmente hablando (...) ése se ganó el título por haber sentido y sufrido»;
3. «(...) todos los que hubiesen ido a la Plaza»;
4. «(...) todos los que ahora o mañana harían lo mismo»;

En un segundo ordenamiento, subraya y unifica; son también Descamisados (Duarte de Perón, 2006: 67):

5. «Descamisado es el que se siente pueblo»;
6. «(...) parte integrante del pueblo»;
7. «(...) fuerzas poderosas que sostienen el andamiaje».

Y finalmente, en el mismo capítulo (Duarte de Perón, 2006: 68), se ofrece la imagen final del Descamisado:

8. «un peronista auténtico (...) además es pueblo y además es descamisado».

En las asignaciones, se confirma la formación de un concepto positivo que ha desdibujado su atribución original (van Dijk, 2009: 287). Tras la condensación de sentidos, comprobamos que hay descamisados reales y honoríficos, por presencia, por adhesión, por dignificación. Esta aproximación enumera, sin homogeneizar datos incompatibles; si definir supone acotar, aquí se usa el procedimiento opuesto, extender y ampliar sin precisar los límites.

En un texto posterior, dentro de la misma obra, titulado *La significación social del descamisado* se ofrece una sistematización, sostenida en los datos anteriores; a esta altura, lo que podría haberse considerado incongruencia lógica, se da por aceptado y se formaliza:

Desde el punto de vista social, la palabra Descamisado superó su acepción idiomática. Se transforma en sinónimo de lucha, de anhelos de reivindicaciones, de justicia, de verdad. Fue creando un estado de conciencia nacional. Se metió en el alma del pueblo como impulso mágico, para llevarlo adelante

(Duarte de Perón, 2006: 189–190)

El párrafo añade tres variantes:

1. El vocablo nombra una nueva realidad.
2. Es término activo, generador de ánimos revolucionarios.
3. Su potencialidad no es explicable racionalmente, sino que responde a un orden sobrenatural.

El discurso se va cerrando sobre sí mismo; si en los ejemplos anteriores se podía observar incoherencia lógica, aquí se verifica autorreferencialidad. El interés por la verdad queda superado por la certeza particular sobre la que insiste el discurso y de la que surgen las normas básicas (Esparza, 2018: 61). Se cumple la premisa inicial: «¿Qué son, para mí, los descamisados?». La palabra, nacida de la voluntad de Evita, se independiza paulatinamente por su propia virtud, entra en las conciencias, transforma el entorno.

Frente a la búsqueda por respetar la singularidad de los intereses personales, la fundamentación de las acciones ha pasado de un paradigma de la verdad hacia un paradigma de certezas. Ahora, en lugar de mirar hacia los principios universales, se privilegia la suma de las visiones particulares como norma básica para el desarrollo de una sociedad democrática.

En un tercer acceso, una nueva definición apela a la síntesis:

(...) decir Descamisados en mentar al hombre dignificado y dignificador, a la mujer laboriosa y solidaria, al niño confiado y feliz. Es, en síntesis, fijar el tipo social que está construyendo el porvenir de esta tierra y que se ofrece como ejemplo a todos los pueblos del mundo

(Duarte de Perón, 2006: 191)

La explicación del concepto marca tres niveles para la comprensión; *descamisado* es un conjunto arbitrario que integra lo disperso, una energía vital que se autonomiza y una entidad social homogeneizadora.

El término se repite en los años de apogeo del modelo peronista; los discursos de Evita que se adjuntan a *La razón de mi vida* recogen expresiones como: «el insulto que es nuestra gloria: ¡Descamisados!» (Duarte de Perón, 2006: 161); «todos los descamisados del mundo» (Duarte de Perón, 2006: 133); «descamisados míos y del General» (Duarte de Perón, 2006: 214); «mis hermanos Descamisados» (Duarte de Perón, 2006: 213); «pequeños descamisados del interior del país» (Duarte de Perón, 2006: 194) «vanguardias descamisadas» (Duarte de Perón, 2006: 199); «descamisados del campo» (Duarte de Perón, 2006: 206); «descamisados de la ciudad» (Duarte de Perón, 2006: 205); «descamisado de Octubre» (Duarte de Perón, 2006: 191); para culminar en el hiperbólico: «descamisado de todos los Octubres que haya menester» (Duarte de Perón, 2006: 214).

En boca de Evita *descamisado* tiene tono militante, exhortativo, según la tensión inherente al discurso peronista que, en un esfuerzo artificioso de razón, integra un nivel profundo de violencia (Sigal-Verón, 2003). En los ejemplos anteriores, *descamisado* se aplica como el significante nuclear del discurso y, por ende, como imán del sentido global. Es el término mediante el cual se reclama toma de conciencia de identidad, legitimidad de derechos y estatuto moral. Además de ser sujeto de la doctrina, es el justificante del líder, pues le da su razón de actuar; los descamisados son una entidad abstracta que no puede obrar por sí misma y debe ceder su voluntad a un conductor, avalando la idea de un caudillo intérprete y salvador de las masas. El derecho reclamado y la promesa de la doctrina quedan interrelacionados (Vázquez- Aibar, 2013).

Si, en una primera acepción, *descamisado* es el que trabaja con las manos, en el campo o en la fábrica, el que no ha recibido una educación formal y no cuenta con privilegios de origen, en segunda acepción, no solo es el que hace o trabaja, sino el que comparte la condición espiritual. El imperativo del trabajo se extiende a la esfera ética y se hace virtud en sí misma: ser trabajador es equivalente a ser bueno, a no saber corromperse. Evita elogia su moralidad y se hace cargo de dignificarla, transfiriendo su función social a una tarea sobrenatural.

La ideología se sustenta sobre la secularización de arquetipos religiosos: la madre mediadora: «Yo elegí ser Evita para que por mi intermedio el pueblo y sobre todo los trabajadores, encontrasen siempre libre el camino de su Líder» (Duarte de Perón, 2006: 48), el padre esclarecido, que guía con sabiduría: «(...) el cristianismo humanista de la doctrina de Perón» (Duarte de Perón, 2006: 124); el pueblo noble que espera la redención: «Porque ellos fueron los primeros que tuvieron fe en Perón. Porque ellos creyeron aun antes de ver» (Duarte de Perón, 2006: 84). El trío forma una sagrada familia para el nuevo orden: «(...) la familia grande que es la patria» (Duarte de Perón, 2006: 48), en la que la madre está siempre atenta: «(...) me siento responsable de los humildes como si fuese la madre de todos» (Duarte de Perón, 2006: 53) y alienta a los hijos a la tarea que se les tiene encomendada: «(...) [los descamisados] son las fuerzas poderosas que sostienen el andamiaje sobre cuyo esqueleto se levanta el edificio mismo de la Revolución» (Duarte de Perón 2006: 67). Para la formación de la metáfora de *descamisado*, Evita construye un primer escenario de *familia*, a partir de expresiones vinculares de maternidad y fraternidad; el segundo escenario es el de *nación*, que se construye con expresiones graduadas del peronismo, del pueblo, de los argentinos; este nivel es escenario de la *revolución*, que se articula con las expresiones alusivas a la violencia; el tercer escenario conecta el plano histórico con el metahistórico, porque involucra el *cielo* o *paraíso*, sostenido en el conjunto de promesas del líder y en la virtud intrínseca de los trabajadores.

En retórica femenina y seudomística, el nombre de un grupo se transforma en el nombre deseado para todos. El discurso de Evita invierte la lateralidad y la discriminación del término asignado y lo absolutiza en la autoatribución. No obstante, no lo estabiliza y lo mantiene igualmente tenso entre dos extremos: los pobrecitos y los peligrosos, siguiendo la semántica originaria. En su probable intención, esta ambivalencia es favorable: la autocompasión, eje de la apelación emocional que activa las condiciones de injusticia, mantiene atento para la lucha al pueblo descamisado; el registro de autocompasión del pueblo por la falta de derechos es un pilar necesario en el discurso nacionalista (Cassin, 2018: 1300). Se verifica que la atribución reiterada e intensificada de expresiones articula la metáfora conceptual. Los vínculos se extienden a nivel extratextual; la comprensión del escenario exige pertenencia a una comunidad (Musolff, 2016: 134–135).

4. LA METÁFORA IMPERTINENTE

De los antecedentes históricos del término, remotos o asociados, así como del crecimiento de significados asignados, se distingue la operación mediada por Eva Perón, quien establece una relación con el término *descamisado* que trasciende lo conceptual y construye una noción metafórica única, de función transversal en el itinerario del movimiento. Su uso insistente en diversos contextos, desde actos partidarios a sesiones del parlamento, tiene un papel clave en la formación de opiniones (Charteris-Black, 2004: 9–13); su sola pronunciación hace participar al oyente de un sistema subyacente de ideas que se atan en los sucesivos pasos de creación del significado.

En el origen de la metáfora, *descamisado* expone una tensión entre el significado presente y el requerido; el respaldo teórico que recibe en los repetidos intentos de

definición y ampliación pretende darle credibilidad por universalización (descamisado es todo lo que vale la pena ser) hasta concluir en que *descamisado* significa el conjunto de derechos del pueblo que Perón viene a cumplir; con forma de metáfora antropológica encubre una directa pretensión histórico-social. Si bien el mensaje transmitido es discutible desde el análisis y descomposición del término, no lo es en su modo de presentación de sólida evidencia verbal. Entendemos, en este sentido, que el mensaje así expresado se constituye en escenario, en tanto que espacio simbólico en el que se despliega un debate (Musolff, 2016: 32–34).

La operación metafórica implica que una palabra no es usada en su sentido literal básico, pero a su vez el significado al que alude es aceptado en un contexto comprensivo común. Las relaciones establecidas pueden ser de contraste o de similitud; así, la imagen de *sin camisa* vincula la desprolijidad física con la exigencia del trabajo manual excesivo; la forma alusiva de la metáfora conduce a la estructura conceptual subyacente (Steen, 2007: 16).

En este punto, se produce la segmentación del concepto para formar la metáfora; se omite la acepción de *descuido* y se acentúa la *causa del descuido*, es decir, la incondicional entrega al trabajo. El mecanismo creativo consiste en excluir algo sin mayor importancia, donde, sin embargo, se ha puesto toda la carga conceptual (descamisado-desprolijo-inmoral) para destacar las afinidades con un sujeto ideal (descamisado-sacrificado-honesto) al que los destinatarios oyentes (descamisados de carne y hueso llenos de necesidades y pendientes) quieren parecerse. Queda anulado el mote negativo y magnificado el potencial dignificante. El término asume una resonancia romántica y heroica. En este caso, la invención propiamente apela a lo irracional del concepto donde está la posible identificación emocional (Piquer Vidal, 2018: 211).

Descamisado, según la historia del vocablo, es calificativo del revoltoso, no necesariamente del trabajador, pero sí del intransigente en sus reclamos y del socialmente peligroso. El punto más alejado de la atribución conocida es el de pensar al descamisado como fuerza inofensiva y entregada, esperanzada aunque pasiva, leal e incólume. Evita realiza una «atribución impertinente», en palabras de Ricoeur (2004: 31) en la cual desplaza las alusiones previas y adensa definitivamente el concepto. La operación metafórica consiste en la fijación de la nueva pertinencia.

La pertinencia atribuida por Evita es de índole emocional, entonces subjetiva, lo cual echa por tierra los anteriores intentos de objetivación descriptiva; los descamisados son lo que Evita dice que son, sin más justificación y con notorias contradicciones internas; eso no es impedimento para la eficacia retórica pues, tras su mención, las referencias implícitas son *experimentadas* por el oyente, generando homogeneidad en doble dirección, por victimización y por triunfalismo.

La metáfora expurga las pasiones; a la exhortación de «¡Descamisados!» siguen indefectiblemente gritos, cantos y gestos de lucha. La proclama vehemente mueve al desafío ético y con él a la violencia como mecanismo de cambio social. Aún en la racionalización del discurso, hay apelación a la violencia implícita que «está articulada en la matriz significativa que le da sentido, y en definitiva, la engendra» (Sigal y Verón, 2003: 16).

Yo le pido a Dios que no permita a esos insensatos levantar la mano contra Perón porque ¡guay de ese día! Ese día, mi general, ¡yo saldré con el pueblo trabajador, con las mujeres del pueblo, con los descamisados de la patria, para no dejar en pie ningún ladrillo que no sea peronista!

(Luna, 1992: 30)

El grito de «¡Descamisados de la patria!», de su última aparición pública del 1° de mayo de 1952, contiene el *pathos* supremo de cualquier discurso, el que mueve internamente: a un tiempo, recuerda el origen, ata la identidad y absolutiza la idea de nación. Evita, al ser capaz de integrar tal habilidad, es una oradora que se adueña de la masa.

Además del elemento catártico, la metáfora de Evita tiene un manejo de la temporalidad oportuno a la trama ideológica; la apelación a la memoria sirve para exacerbar la promesa de futuro, suspendiendo el presente; la supervivencia se condiciona al cumplimiento de los implícitos en la metáfora, que unifican al pueblo con el líder. *Descamisados* se convierte en el nuevo gentilicio para referir a la genuina argentinidad, con lo cual, la metáfora también conlleva un componente de advertencia o amenaza que restringe el horizonte político nacional a los alcances del movimiento, anulando la oposición democrática.

Descamisados, como metáfora antropológica, refiere a una entidad ilusoria, idealizada, de aspiraciones universales y justicieras. No obstante, como metáfora sociológica y teniendo en cuenta sus componentes de exacerbación emocional, suspensión de la temporalidad, reasignación de identidad nacional, asume una densidad ideológica funcional a la revolución que pretende. La transferencia retórica elimina al individuo generando un colectivo que subyuga por su carácter titánico: y como de los titanes, no se espera más que fuerza; si antes la dirigían al trabajo de la tierra y de la fábrica, ahora será requerida para llevar a delante la revolución.

5. EL NÚCLEO MÍTICO DE LA METÁFORA

La comprensión de lo político bajo formas simbólicas es vía discursiva eficaz; el recurso imaginario contiene y direcciona el comportamiento social (Sigal y Verón, 2003: 15–6). *Descamisado* habla de la mitificación del trabajador; el hombre común, obrero, mujer, niño, tiene prometido un lugar en la historia. Aunque siga siendo pobre, marginado y usado, ya tiene un nombre y, en él, un territorio de protección. Ha logrado trascender la immanencia de la historia a través de la fuerza del trabajo, su virtud.

En este punto es preciso preguntar cuál es el dinamismo capaz de mover un colectivo social desde una metáfora. La cuestión obliga a replantear las atribuciones del término que, desde una lectura lógica, hemos considerado arbitrarias o incongruentes; para validar la metáfora, lo aparentemente irracional solo sería prerracional y tendría sustento en el estatuto mental individual y social.

En los años de auge del peronismo, se consideró la construcción de un monumento al Descamisado; la obra fue anunciada por Perón el 17 de octubre de 1946 (Sigal, 2006: 296). Se siguieron los procedimientos habituales –comisión organizadora, encargo al escultor Leone Tommasi, presupuesto millonario en dólares– pero el proyecto no prosperó. Las características del diseño, no obstante, permiten imaginarla como una mole ambiciosa, digna de reflejar la imagen de un titán. La estatua del trabajador manual sería el más grande monumento del país y del mundo, se vería estratégicamente desde puntos remotos, sería dos veces más alta que la Estatua de la Libertad y cinco más que lo que se estima medía el Coloso de Rodas (Waissbein, 2018b: 142). Si creemos que la empresa tiene la intención de prolongar la metáfora lingüística, se puede visualizar el mismo componente central, es decir, el principio titánico.

Volver primitivo el espacio político permite conectar con una red de premisas básicas y preconceptuales; el descamisado-titán es el nuevo argentino:

(...) los Descamisados, las columnas del trabajo y de la producción dejaron la periferia en su peregrinar hacia el centro; [...] Aquel ejército (...) desbordando momentáneamente

de sus cauces creadores; (...) Descamisados [...] esa mole enorme, sensitiva y laboriosa (...) aquella inmensa masa humana.

(Duarte de Perón, 2006: 212–213)

En este grupo se confirma fuerza concentrada, voluntad de desplazamiento, paso de un estado pasivo a otro protagónico, todas atribuciones que preparan el escenario revolucionario. Como los titanes, son el conducto material de un enfrentamiento.

Con el nombre de *titán* se identifica a los dioses preolímpicos más antiguos, salvajes y obstinados; su ámbito de dominio se restringe al plano material donde desempeña un papel subordinado (Otto, 1976: 132–133). Según la mitología griega, los titanes son entidades cósmicas básicas, condenadas a la doble labor de luchar y perder su lugar en la sucesión divina; en los titanes prevalece la valoración de la fuerza sobre el discernimiento, la violencia sobre la palabra, la imposición de la bravura. Su ímpetu y resistencia carecen de dirección propia y por ello deben recibir su misión de otra divinidad, de voluntad superior; el conjunto de energía que atesora es capaz de invertir el orden establecido.

Gea es la madre de los titanes; la diosa ha brotado del Caos primordial y sola, sin necesidad de acoplarse, expulsa los hijos que están en su interior. Como tierra madre elemental da la vida, los recursos materiales y la misión de castrar a Urano, representante del viejo orden, que no deja crecer a sus hijos (Hesíodo, 2016:133ss). Cronos, el más joven de los titanes, cumplirá la tarea; bajo su dirección liberan a los Cíclopes encerrados en la oscuridad del Tártaro y consolidan el imperio de Cronos sobre el mundo. Los titanes están alrededor de su liberador, Cronos, «inferiores pero cómplices» (Vernant, 2000: 28). Sin embargo, el poder está amenazado: Urano, antes de partir, llegó a anunciarle que un hijo suyo también lo destronaría, razón por la cual, a medida que van naciendo, los devora.

Los descamisados, como titanes, energúmenos disconformes pero esforzados, son los que regresan el mundo a su estado caótico para reconstruirlo luego con su brazo; tienen una madre emblemática, de donde les viene la irracionalidad. Eva, como Gea, nace del Caos, da a luz a los descamisados, les provee de recursos para su supervivencia y tiene la facultad de predecir el futuro; en asonancia, los discursos finales de Evita son premonitorios del baño de sangre que arrasará sus herederos. Del mismo modo, la madre es tierra y sangre a un tiempo y conserva en sí algo de caótico; como Gea, no se reconoce entre los dioses del Éter y no se siente respetada por ellos como merece (Vernant, 2000: 41). Evita desprecia el orden oligárquico del cual se siente excluida por origen y por rebeldía.

Pero a su vez, como la irracionalidad debe ser regulada, los titanes descamisados tienen un padre, Perón, ante el que deponen su fuerza y entregan su voluntad. La despersonalización del descamisado ante la figura de Perón es manifiesta; sabido es que al General no le simpatizaba el término y prefería usar el de *trabajador*, y que solo lo incorpora en situaciones de decisiva presión popular, dejándolo luego en el olvido. Si Perón es la ortodoxia que establece el sistema de control, no puede aceptar la hegemonía que cobra el vocablo en boca de Evita. El descamisado termina de cumplir su función al delegarle el mando; luego, Perón lo elimina, omitiendo su nombre; como todos los actos de Cronos, está guiado por su afán de conservar el poder. Perón, nuevo Cronos, piensa con astucia política (Vernant, 2000: 36):

(...) solamente el Líder de los trabajadores, conductor del pueblo y de la Nación puede ver el panorama en forma total. Él solamente puede hacer ver a los trabajadores hacia dónde y hasta dónde el problema puede y debe ser solucionado.

(Duarte de Perón, 2006: 75)

Los epítetos lo ubican como intérprete y gestor, autoridad única en la defensa de los sueños populares: «Coronel de los Descamisados, guía seguro e insobornable» (Duarte de Perón, 2006: 212).

La base arcaica pagana es coherente con la apelación fundacional que se pretende lograr a través de la metáfora. Pero, aún es preciso reforzarla con el componente cristiano, que igualmente resulta primitivo a los ojos oficiales. Contra la civilización liberal de formato extranjero, la vanguardia que se impone desde el interior del país no solo reniega de la política de *camisa y corbata*, sino que propone una ética del prójimo:

La nochebuena es de los pobres, de los humildes, de los Descamisados, que desde Cristo, despreciado por los ricos que le cerraron todas las puertas fue a nacer en un establo [...] ¿qué tiene de raro que Perón solo luce por la felicidad de los Descamisados?

(Duarte de Perón, 2006: 119)

No he de cometer la herejía de compararlo con Cristo, pero estoy segura de que, imitándolo a Cristo, Perón siente un profundo amor por la humanidad [...] Lo veo marchar en medio de un mundo sin fe y sin esperanzas y me parece en algunos momentos que él es la única cosa de la tierra en la que todavía se puede tener un poco de fe y un poco de esperanza

(Duarte de Perón, 2006: 141)

Perón es representado como un pastor que se preocupa por la reflexión y la conversión de sus discípulos: «(...) el nuevo Líder les hablaba del espíritu y de sus valores (...) y aun les decía que era necesario poner en práctica los viejos principios olvidados del cristianismo» (Duarte de Perón, 2006: 64). En palabras atribuidas a su esposo, en *La razón de mi vida*, Evita ofrece una afirmación extrema acerca de la necesidad del peronismo para el cumplimiento de la misión universal del cristianismo: «(...) como suele decir Perón, a Dios hay que ayudarlo» (Duarte de Perón, 2006: 113). Al margen de la desproporción, queda planteada la autoridad del movimiento:

El Cristianismo no ha sido todavía bien probado por los hombres porque nunca el mundo fue justo...El Cristianismo será verdad cuando reine el amor entre los hombres y entre los pueblos; pero el amor llegará solamente cuando los hombres y los pueblos sean justicialistas

(Duarte de Perón, 2006: 142)

La rémora religiosa de todo nacionalismo es otro principio primitivo a los ojos del progresismo liberal; el descamisado es el hermano sarnoso, al que hay que curar y llevar a la luz. Perón resulta satisfecho de compartir su tiempo con ellos, al modo de un Jesús benevolente que sale a los caminos al encuentro con los desheredados: «(...) el contacto con sus descamisados [...] le reconforta» (Duarte de Perón, 2006: 77). La impronta religiosa en código cristiano es otro rasgo de validación de la metáfora, tan eficaz como el primitivismo pagano, y tan provocativo del orden establecido.

Con dos sellos míticos, que irrumpen en medio de la convención progresista, queda cerrada la metáfora del descamisado: un arcaísmo en sede pagana y otro en sede cristiana: el titán cristiano define la estructura interna del descamisado.

En la intuición de una mujer inculta como Evita, sin embargo, se enlazan dos fuerzas de legitimación teórica: la expresión oscura y genuina de la tierra, irreflexiva e inapelable, y la imagen del perpetuo dolor de los humildes, masiva y contundente. Los descamisados simbolizan a los hermanos titanes resueltos a instaurar la justicia en la

tierra. El doble patrón conceptual de *titán* y de *cristiano*, que rebautiza al descamisado, desplaza el patrón previo impuesto por la oligarquía de *pobretón* y de *delincuente*.

De los cuatro niveles de escenario metafórico que señala Musolff (2016: 134–135) –recepción, reconstrucción semántica, interpretación y aceptación ideológica– consideramos que se cumple eficazmente el cuarto, lo que hace exitosa la metáfora hacia adentro del movimiento. El tipo de cohesión que cumple al interior del escenario no exige identificar ni analizar argumentos, sino valorar sin cuestionar.

6. CONCLUSIÓN

La metáfora del *descamisado* absorbe una red de significados clave para la definición del peronismo. A partir de ella se ejerce un dinamismo que, desde el discurso, influye en la conciencia social. La voz *descamisado* define los campos de antagonismo y pertenencia; ambos se activan cuando se invoca el término.

El principio vital femenino en la acción política es uno de los componentes originales del peronismo de mediados del siglo XX y opera como elemento renovador de la política conservadora; Evita se mueve como principio mítico, influye por carisma, sin cautela, sin exigencias racionales, generando realidades imposibles. *Descamisado* en una metáfora de cuño femenino: una gestación melodramática, comprensiva, blanda, condescendiente. Se separa de las metáforas de poder fascista contemporáneas –y se opone a ellas–, y es razonable entender por qué Perón la limita. Por exaltación o por mesura, Evita y Perón sitúan en el descamisado un vértice de la ortodoxia peronista. Evita intenta una objetivación histórica que mucho tiene que ver con sus propias necesidades reivindicatorias; el descamisado cumple sueños personales, naturaliza sus creencias.

La cantidad de atribuciones que condensa la metáfora hace desaparecer la realidad inicial evocada: un individuo anónimo y postergado. El sentido regular del término se desvanece y se convierte en pretensión ontológica; la metáfora crea una realidad imaginaria de función esencialista, el superhombre de la gran nación. El conjunto desarticulado de partes que forma al monstruo semántico creado por Evita, tan evocativas como elásticas, se torna un polo de poder y desafío; la historia lo probará en los años '70 con los formatos subversivos. Se confirma la afirmación de Musolff (2016: 2) acerca de las consecuencias políticas y sociales de este tipo de metáforas.

La representación del *descamisado* expone la veta primitiva que tanto favorece la formación de un discurso ideológico radical; en ella se visualizan actores de una barbarie original, antipática a la pretensión progresista de un país liberal y proimperialista; en ella se adivinan energías inexorables que proceden del corazón de la tierra (campo, fábrica, suburbios), que claman al cielo pidiendo justicia cristiana y que amenazan el orden artificial de occidente (ciudad, ministerio, centro). Los ejércitos organizados masculina y racionalmente, de uniformes planchados y bordados, son sustituidos por esta horda espontánea que lucha con lo que tiene por lo que no tiene. Su sola mención funciona como arena, generando un espacio de autoridad cerrado e indiscutible.

La desestructuración actual de los lenguajes públicos hereda la nota informal y espontánea que anticipó Evita. Sin importar la personalidad política, la representación predominante del líder latinoamericano se hace sin corbata, con la camisa abierta y las mangas remangadas. La unificación de las apariencias habla, sin duda, de una más grave simplificación ideológica; la metáfora elástica de Evita, con su montaje de identidades plurales en un titán sin camisa, parece anticipar la combinación de trazas y peroratas de los actuales populismos de derecha o izquierda.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arroyas Langa, Enrique y Pérez Díaz, Pedro Luis. 2016. «La nueva narrativa identitaria del populismo: un análisis del discurso de Pablo Iglesias (Podemos) en Twitter». *Cultura, lenguaje y representación, Revista de estudios culturales de la Universitat Jaume I*, vol. XV: 51–63. doi: <http://dx.doi.org/10.6035/clr.2016.15.4>
- Ballent, Anahí. 2005. *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires (1933–1945)*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Cassin, Bárbara. 2018. *Vocabulario de las filosofías occidentales: diccionario de los intraducibles*. México: Siglo XXI.
- Charteris-Black, Jonathan. 2004. *Corpus Approaches to Critical Metaphor Analysis*. New York: Palgrave MacMillan.
- . 2011. *Politicians and Rhetoric. The Persuasive Power of Metaphor*. New York: Palgrave MacMillan.
- De Ípola, Emilio. 1987. *Ideología y discurso populista*. México: Plaza y Janés.
- Duarte de Perón, María Eva. 2006. *La razón de mi vida*. Buenos Aires: CS Ediciones.
- Esparza, Gustavo. 2018. «Las humanidades en J. A. Comenio y E. Cassirer. Imagen y símbolo en la unidad de los fundamentos y los procesos formativos del ser humano». *Cuadernos Salmantinos de Filosofía*, vol. 45: 59–83.
- Galasso, Norberto. 2005. *Perón: Formación, ascenso y caída (1893–1955)*. Buenos Aires: Colihue.
- González García, J. M. 1998. *Metáforas del poder*. Madrid: Alianza.
- Hesíodo. 2016. *Teogonía*, versión Paola Vianello de Córdoba. México: UNAM.
- Kerbrat-Orecchioni, Catherine. 1997. *La Enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*. Buenos Aires: Edicial.
- Luna, Félix (dir.). 1992. *Historia de la Argentina*. Buenos Aires: Hyspamérica.
- . 1984. *Perón y su tiempo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Marechal, Leopoldo. 2008. *Cuaderno de navegación*. Buenos Aires: Seix Barral.
- Micieli, Cristina y Pelazas, Myriam (coord.) 2012. *Dar la vida / Quitar la vida. El peronismo en los años 70 a través de las publicaciones El Descamisado y El Caudillo*. Buenos Aires: Ediciones La Parte Maldita.
- Musolff, Andreas. 2016. *Political Metaphor Analysis: discourse and scenarios*. London: Bloomsbury Academic.
- Otto, Walter F. 1976. *Los dioses de Grecia. La imagen de lo divino a la luz de espíritu griego*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Piquer Vidal, Adolf. 2018. «La narració identitària com a vehicle de les emocions». *Cultura, lenguaje y representación, Revista de estudios culturales de la Universitat Jaume I*, Vol XX: 199–213. doi: <http://dx.doi.org/10.6035/clr.2018.20.13>
- Pittelli, Cecilia y Somoza Rodríguez, Miguel. 2003. «Peronismo: notas acerca de la producción y el control de símbolos. La historia y sus usos». En: Puiggrós, Adriana (dir.). *Historia de la Educación en Argentina VI: Discurso pedagógicos e imaginario social en el peronismo (1945–1955)*. Buenos Aires: Galerna.
- Platón. 1983. *Diálogos II*. Trad., introd. y notas L. Calonge Ruiz, E. Acosta, Méndez, F.J. Olivieri, J.L. Calvo. Madrid: Gredos.
- Ricoeur, Paul. 2004. *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico*. México: Siglo XXI.
- Sigal, Silvia y Verón, Eliseo. 2003. *Perón o Muerte. Fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.
- Sigal, Silvia. 2006. *La plaza de Mayo, una crónica*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Steen, Gérard. 2007. «Finding Metaphor in Discourse: Pragglejazz and Beyond». *Cultura, Lenguaje y Representación, Revista de Estudios Culturales de la Universitat Jaume I*, Volumen 5, Metáfora y Discurso.
- Sverdloff, Mariano. 2017. «La tradición clásica y el nacionalismo argentino: un caso de transferencia cultural». *Circe de clásicos y modernos*, 21, 2. <http://dx.doi.org/10.19137/circe-2017-210204>
- van Dijk, Teun A. 2009. *Discurso y Poder*. Barcelona: Gedisa.
- Vázquez, Daniel- Aibar, Julio (coord.) 2013. *Procesos políticos de América Latina. Una lectura crítica del neoliberalismo*. FLACSO: México.
- Vernant, Jean-Pierre. 2000. *Érase una vez...el universo, los dioses, los hombres*. México: FCE.
- Waisbein, Daniel. 2018a. «Historia de la palabra ‘descamisado’ antes del peronismo (primera parte)». *Eadem Utraque Europa*, Año 14, N° 19: 117–135.
- . 2018b. «Descamisado(s) descamisada(s): palabra y concepto durante el peronismo». *Protohistoria*, Año XXI, N° 30: 129–154.